

desafía a la crítica que, a la zaga de un instrumental neutro, se aproxima a cualquier manifestación cultural con igual desenfado descartando la especificidad del objeto estudiado para obtener resultados inevitablemente similares. Tal situación subraya la necesidad de adecuar con precisión aquellas propuestas teóricas a la especificidad de lo observado, aún corriendo el riesgo de caer bajo el régimen de la asimilación de propuestas internas al texto y de sucumbir a meras iteraciones simpáticas.

Al hacer una revisión panorámica de los autores y temas estudiados por la crítica —especialmente la que surge de EE.UU., menos preocupada desde su centralidad por las particularidades nacionales— salta a la vista por contraste una tendencia a la concentración desmesurada en autores que han contribuido a la internacionalización de la literatura hispanoamericana. Cuantitativamente hay oscilaciones, pero entre «los contemporáneos» las obras de Borges, Cortázar, Onetti, Donoso, Vargas Llosa, García Márquez, Rulfo, Fuentes, Paz, Carpentier, Cabrera Infante, recientemente Roa Bastos, siguen encabezando esas nóminas, si bien ya es abundante la bibliografía sobre otros autores como Puig, Arguedas, Sarduy que desde distintas ópticas también han aportado componentes centrales a una literatura global que resiste todo intento de definición por homogeneidades. La tendencia a las grandes figuras y a aquellas que están indiscutiblemente categorizadas en el canon académico —Martí y Darío, Vallejo, Huidobro y Neruda, para apelar a otra serie literaria— sigue constante, pero éstas no son vistas globalmente como generadoras de modalidades posteriores, a pesar, por ejemplo, de importantes balances críticos del modernismo. Ello responde en gran medida a un reconocimiento de su centralidad literaria, pero también, y ello es particularmente cierto en el estudio de autores recientes, a los aspectos de organización y politización académica ya nombrados al comienzo que derivan en la selección de las lecturas obligatorias, es decir, en la difusión del conocimiento particularizado y frecuentemente fragmentario o livianamente unitario. El mapa continental que surgiría de la cuantificación de estudios distorsionaría la geografía de las cordilleras y los ríos con países como Argentina, Chile, México y Cuba.

Lo anterior deviene en varios datos que conviene resumir: se sigue leyendo una literatura de epígonos; se plantean cortes temáticos transversales: se periodiza con la arbitrariedad de los números y las edades las generaciones literarias, y se fundan versiones parciales de la producción literaria que tienden a desconocer un factor central: que los relojes culturales de las diversas regiones y áreas latinoamericanas no están sincronizados, que éstos marchan con velocidades diferentes y que la producción literaria que se lee de esa marcha es la que corresponde a sus respectivos estadios de desarrollo. Al optar, por ejemplo, por la experimentación literaria como criterio de selección, quedan fuera vastas regiones cuya respuesta literaria está adecuadamente servida por las tendencias que fueron abandonadas en zonas cosmopolitas hace varias décadas. Al concentrar la lectura en la producción urbana (segmento por cierto válido) se presupone una serie de interrogantes sobre el sentido de esa producción desde su grado de diferencia con un balance de los textos que constituyen su base local. En la medida en que toda selección supone la capacidad de ese texto de representar un segmento que puede excederlo, concentrarse sistemáticamente en sólo algunas de las variantes de la literatura hispanoamericana —el embate experimental, por ejemplo— contribuye no sólo a

una distorsión del amplio texto literario sino también del mundo del cual surgen esas páginas.

En términos generales, una opción contraria incorpora a toda la literatura bajo el rigor ordenador, no del todo inflexible, de la periodización. Si bien ésta puede constituir un significativo aporte a una sistematización, igualmente corre el riesgo de esquematisar, una vez abordados los puntos de identificación, roce y coincidencia general de los múltiples estratos que organizan toda historia, al concentrarse en las heterogeneidades que configuran un continente que dista de ser unánime. Esquema que ya debe ser sometido a otros cuestionamientos al comparar, por ejemplo el estadio de la narrativa en los años 20 y 30 con los avances de la poesía de esos mismos años y, aún más, al alterarse esa relación en las décadas más recientes. Todo lo cual subraya la necesidad de dar cuenta de los desfases de las series literarias y de incorporar una literaria sólida y orgánica al predio de la crítica literaria.

Un afán ordenador de las letras americanas que diera cuenta de sus múltiples facetas produjo varios ensayos generacionales. El loable y valioso esfuerzo de Pedro Henríquez Ureña fue seguido con otros ajustes por, entre otros, José Juan Arrom y Cedomil Goic.¹⁴ La necesidad de incorporar la lectura literaria a un análisis crítico de los procesos históricos de los cuales emergía esa producción, llevó a Alejandro Losada a plantear estrategias de investigación que posibilitaran un modelo general de periodización de los procesos literarios en América Latina.¹⁵ Para hacerlo resulta necesaria una aproximación interdisciplinaria integral ajena a todo tipo de esquematismo que articule en niveles generales, y luego pormenorizados, la correlación de las formaciones sociales como condicionantes de toda manifestación literaria. Si bien tal aproximación quizá logre dar cuenta, por ejemplo, de lineamientos generales frente a la respuesta literaria a la transición que va del estado colonial al surgimiento de las repúblicas liberales, también deberá considerar las variantes en torno al sentido y logro de la modernidad en diferentes regiones y procesos políticos del continente.

El riesgo de la generalización siempre está presente en toda apertura y el equilibrio deberá ser establecido entre la globalización de los procesos y la precisa puntualización sobre las manifestaciones literarias que tienden a ser vistas como epifenómenos dentro

¹⁴ Pedro Henríquez Ureña. *Literary Currents in Hispanic America*, Cambridge, MA, Harvard University Press, 1945 (Las corrientes literarias en la América Hispánica, México, FCE, 1949). *En otro orden ya había expresado una definitiva coherencia intelectual en* Seis ensayos en busca de nuestra expresión, Buenos Aires Babel, 1928. José Juan Arrom, *Esquema generacional de las letras hispanoamericanas*, 2a ed. rev., Bogotá, Caro y Cuervo, 1977; Cedomil Goic, *Historia de la novela hispanoamericana*, Valparaíso, Ediciones Universitarias de Valparaíso, 1972. En «Crítica hispanoamericana: La cuestión del método generacional», M.A. Giella, P. Roster y L. Urbina obtuvieron comentarios y críticas de Goic, Arrom, Enrique Anderson Imbert, Luis Leal, José Olivio Jiménez, Luis Mario Schneider y Jaime Concha. *Hispanamérica*, IX, no. 27 (1980), pp. 47-67 (incluye bibliografías). *Otro intento de apretada organización en* John S. Brushwood, *The Spanish American novel. A Twentieth Century Survey*. Austin, University of Texas Press, 1975 (La novela hispanoamericana del siglo XX. Una vista panorámica. México, FCE, 1984). *Apuntes diferentes caracterizan a Carlos Monsiváis*, «Proyecto de periodización de historia cultural de México», Texto crítico, I, no. 2 (1975), pp. 91-102.

¹⁵ Alejandro Losada, «Bases para un proyecto de una historia social de la literatura en América Latina (1780-1970)», *Revista Iberoamericana*, nos. 114-115 (1980), pp. 167-88; «Articulación periodización y diferenciación de los procesos literarios en América Latina», *Revista de crítica literaria latinoamericana*, IX, no. 17 (1983), pp. 7-37 (incluye bibliografías. Número monográfico dirigido por Losada sobre «Sociedad y literatura en América Latina»).

de los someros cuadros nacionales o regionales. Un ejemplo sería el estudio del carácter fundacional del modernismo, no ya en su fragmentación aislada sino como componente integral de la serie literaria y de la tradición literaria que inaugura.

Un equilibrio entre estas posibilidades de análisis es lo que caracterizó a muchas de las propuestas de Angel Rama en torno al sistema literario y a la ejemplificación de algunas propuestas concretas, como lo hiciera al analizar textos de Martí y a Darío dentro de las fuerzas que otorgaron un sentido singular al modernismo, o al perfilar el debate constante entre internacionalismo y regionalismo. El ejemplo no es único, pero sí significativo por la voluntad de integrar los avances de la teoría literaria con una reflexión a fondo sobre la historicidad del fenómeno literario; por la tendencia abarcadora y la puntualización en determinados textos sin escatimar juicios de valor; por la mayor flexibilidad que ofrecía ante posturas inmanentes, por un lado, y ante formulaciones rígidamente ortodoxas por otro.¹⁶ Y que, también es forzoso decirlo en algún momento, por el generoso criterio desplegado en la formulación del proyecto de la Biblioteca Ayacucho.

La pormenorización de numerosos análisis, las condiciones sociales e históricas fluctuantes o dramáticamente transformadas, requieren planteos que enfrenten el estudio de la literatura con el instrumental crítico que la analiza. Se ha mencionado antes la apelación de un núcleo de críticos a las propuestas de las diversas variantes del estructuralismo y el postestructuralismo, particularmente mediante lecturas que prescindan de todo estructuralismo, particularmente mediante lecturas que prescindan de todo marco de referencia ajeno al lenguaje del texto. El discreto encanto de ciertos modelos de análisis también radica en su universalidad. Y es precisamente ésta la que motiva otro tipo de apuestas en los ensayos de Fernández Retamar, por ejemplo, cuando aboga por una crítica propia a la literatura latinoamericana, o en los estudios de François Pérus que proponen un modelo crítico, de valor demostrativo, desde la perspectiva materialista que sistematiza sus lecturas y que, paradójicamente, proponen otro modelo de abstracción al cual intentan responder algunas propuestas de Hernán Vidal.¹⁷

Las directrices que se pueden delinear entre núcleos o tendencias críticas que se pronuncian por un mayor ahinco teórico y otros cuya predilección es historizante siguen siendo provisionarias. Sin embargo, como lo planteara anteriormente, y subrayando importantes diferencias en cada uno de estos campos, es factible plantear las diferentes

¹⁶ Angel Rama, «Indagación de la ideología en la poesía (Los dípticos seriados de Versos sencillos de José Martí)», *Revista Iberoamericana*, nos. 112-113 (1980), pp. 353-400; Ruben Darío y el modernismo (Circunstancia socio-económica de un arte americano), *Caracas, Universidad Central de Venezuela*, 1970, y prólogo a *Poesías*, *Caracas, Biblioteca Ayacucho*, 1977; muy especialmente *Transculturación narrativa en América Latina*, *México, Siglo XXI*, 1982. En un diálogo lamentablemente trunco, *Alejandro Losada sugirió áreas contestatarias en su «La contribución de Angel Rama a la historia social de la literatura latinoamericana»*, *Casa de las Américas*, n.º 150 (1985), pp. 44-57.

¹⁷ Roberto Fernández Retamar, *Para una teoría de la literatura hispanoamericana y otras aproximaciones*, *La Habana, Cuadernos Casa*, no. 16, 1975, especialmente, pp. 53-93; François Pérus, *Literatura y sociedad en América Latina: El modernismo*, *La Habana, Casa de las Américas*, 1976; Hernán Vidal, *Literatura hispanoamericana e ideología liberal: Surgimiento y crisis (Una problemática sobre la dependencia en torno a la narrativa del boom)*, *Buenos Aires, Hispamérica*, 1976, y *Sentido y práctica de la crítica literaria socio-histórica: Panfleto para la proposición de una arqueología acotada*, *Minneapolis, MN, Institute for the Study of Ideologies and Literature*, 1984. En torno a estas líneas son útiles las consideraciones de Rafael Gutiérrez Girardot, «Literatura y sociedad», *Texto crítico*, III, no. 8 (1977), pp. 3-26.

versiones de una misma literatura que pueden surgir desde estas discrepancias. Las fragmentaciones responden, siquiera en una importante dimensión, a la parcialización de los estudios literarios y a una especialización excesiva en autores o literaturas nacionales que dificultan o impiden una visión de conjunto. Esto se agrava, además, al seleccionar temas aislados y marginales sin incorporarlos al corpus analítico general para otorgarles desde allí su verdadero sentido. (Dejamos de lado, evidentemente, las aún frecuentes páginas que ven a la literatura como estado de ánimo y a la crítica como representación argumental o mostración de fragmentaciones descriptivas.) En el mejor de los casos, los lectores podrán compaginar esas versiones en una lectura más integral ya que, como algunos lo han demostrado, en la medida en que determinadas ideologías no intercedan para bloquear cualquier acceso al texto, una primera apelación al instrumental semiótico, por ejemplo, no invalida una segunda etapa contextual e historicista que a su vez explique el funcionamiento de los mecanismos internos a todo texto.¹⁸ Tarea ésta sumamente difícil para el practicante fiel a la ortodoxia, pero factible para los legatarios heterodoxos.¹⁹

Esta compaginación también se halla en análisis temáticos, como lo ha demostrado la renovada atención al dictador a partir de novelas de García Márquez, Carpentier y Roa Bastos, entre otros, junto a la proliferación de dictaduras reales en los últimos años. Y también en la revisión de problemas relacionados con el indigenismo en la zona andina²⁰ y el bilingüismo en regiones quechua hablantes y en el Paraguay. Este tema también se remonta a los problemas más recientes de la producción en exilios no hispanohablantes y aún en países latinoamericanos que reproducen otros ecos. Consideración que va más allá del enfrentamiento con una lengua para anclarse en las manifestaciones pluriculturales de productos no heredados en los países originarios. Esta percepción promueve, a su vez, nuevas miradas sobre los procesos inmigratorios del siglo XIX

¹⁸ *Puntos de partida que se dan entre otros en: Walter Mignolo, «Semantización de la ficción literaria», Dispositio, V-VI, nos. 15-16 (1980-1981), pp. 85-127; Enrique Ballón Aguirre, «La escritura poetológica: César Vallejo, cronista», Lexis, VI, no. 1 (1982), pp. 57-98 (más que en su Vallejo como paradigma: Un caso especial de escritura, Lima, Instituto Nacional de Cultura, 1974); en las variadas lecturas de Ana María Barrenechea, Textos hispanoamericanos. De Sarmiento a Sarduy, Caracas, Monte Avila, 1978; en el útil manual de Desiderio Blanco y Raúl Bueno, Metodología de análisis semiótico, Lima, Universidad de Lima, 1980. Una sólida mostración de la confluencia de aproximaciones artificialmente divergentes en Nelson Osorio T., «Lenguaje narrativo y estructura significativa de El señor presidente de Asturias», Escritura, no. 5-6 (1978), pp. 99-156. Ver también Josefina Ludmer, «Tres tristes tigres. Ordenes literarios y jerarquías sociales», Revista Iberoamericana, núms. 108-109 (1979), pp. 493-512.*

¹⁹ *Quizá corresponda situar en esta misma línea, dados sus múltiples ensayos, a Noé Jitrik. Véanse, por ejemplo: El fuego de la especie, Buenos Aires, Siglo XXI, 1971; El no existente caballero (la idea del personaje y su evolución en la narrativa latinoamericana), Buenos Aires, Megápolis, 1975; «Entre el Dinero y el Ser. Lectura de El juguete rabioso de Roberto Arlt», Escritura, I, no. 1 (1976), pp. 3-39, incorporada al valioso La memoria compartida, Xalapa, Universidad Veracruzana, 1982. Es otra la «heterodoxia» que caracteriza la tarea crítica de David Viñas; también la que muestran críticamente Carlos Altamirano y Beatriz Sarlo en Literatura/Sociedad, Buenos Aires, Hachette, 1983.*

²⁰ *Antonio Cornejo Polar ha publicado textos medulares sobre este tema. Ver, por ejemplo, «El indigenismo y las literaturas heterogéneas. Su doble estatuto socio-cultural», en su Sobre literatura y crítica latinoamericanas, Caracas, Universidad Central de Venezuela, 1982. La utilísima primera parte de esta colección intenta diseñar el corpus sobre el que debería dar razón la crítica literaria latinoamericana. Los otros trabajos sobre indigenismo aquí reunidos complementan La novela peruana: Siete ensayos, Lima, Horizonte, 1977. Otra revisión nacional en Agustín Cueva, «En pos de la historicidad perdida (contribución al debate sobre la literatura indigenista del Ecuador)», Revista de crítica literaria latinoamericana, nos. 7-8 (1978), pp. 23-38.*